

como un desentendimiento de los valores de la modernidad que aquélla trae.

En efecto, Mann se desentiende de la modernidad, no se limita a criticarla. El emblema del rechazo es el repudio de la política, porque en ella se condensan los nuevos modos emergentes en Alemania con el fin de la Gran Guerra.

La coartada de la reflexión de Mann en esa época consiste en servirse del fanatismo con que cierto jacobinismo quiere teñir la actividad política, para desligarse al fin de la política como tal. Dice Mann «... la política — es decir la ilustración, el contrato social, la república, el progreso hacia «La mayor dicha posible de la mayoría posible»— no es, en absoluto, medio alguno para reconciliar la vida de la sociedad, (...) esa reconciliación sólo puede producirse en la esfera de la personalidad, nunca en la del individuo, es decir sólo por la vía espiritual y jamás por la política...» (*Consideraciones*, p. 275). Al no deslindar la actitud religiosa de cierto jacobinismo hacia la política y la política como profesión en sí, Mann puede al fin entrar a saco con los valores modernos: la democracia política, la igualdad, el universalismo.

Así, Mann se servirá de los defectos del jacobinismo para rechazar la Ilustración, no para corregirla. Ahí reside su romanticismo, y el de su clase: en el cuestionar los supuestos mismos de la Ilustración y la modernidad. Así, se coloca *fuera* de la modernidad: ése será su puesto de combate.

En la segunda época intelectual, Mann discriminará, ahora sí, la actitud religiosafanática del jacobinismo ante la política, de la política como profesión. Ya no concede —como antes— al jacobinismo la representación paradigmática de los valores modernos: ahora son ellos los apolíticos, no Mann. Mann pisa entonces los terrenos de la modernidad. Se ha colocado *dentro* de ella, y desde allí rescatará la política como profesión, desligándola del fanatismo de las puras convicciones. Se hará cargo, por tanto, de los dilemas políticos de la modernidad: entre ellos, el más acuciante, el dar vida a valores mediante un orden social que sin embargo requiere de la violencia legítima (contractual) para sostenerse. Si antes el fanatismo agotaba la modernidad, ahora será su consecuencia no querida, su deformación, y por tanto su error a corregir. Es la tarea que asumirá Mann desde Weimar hasta el exilio.

Una convergencia con Weber

La reversión parcial del discurso central de *Consideraciones de un apolítico*, que emerge en el interior de ese ensayo, converge con reflexiones que en ese mismo momento histórico está formulando Max Weber.

En efecto, la especificación de un *ethos* propio de la política, y la distinción entre ética de las convicciones y ética de la responsabilidad como tensión interna y fundante de la política, está presente en ambos discursos.

Pero no se trata de anotar una simple coincidencia, sino de resaltar que ésa se da entre dos discursos provenientes de ámbitos diferentes (la literatura y la sociología política), incomunicados, pero que —y he aquí lo más notable— no obstante, son pronunciados simultáneamente. Este noviembre de 1917 y el 16 de marzo de 1918 se escribe el final de *Consideraciones...*² y, en el invierno de 1919, Max Weber pronuncia su célebre conferencia *La política como vocación* —de este texto se trata— ante la Asociación Libre de Estudiantes, en Munich. Esta disertación será publicada por vez primera durante el verano de 1919.

Es posible diseñar tres puntos de encuentro entre las reflexiones de Mann y de Weber: la especificidad del *ethos* de la política, la tensión convicciones-responsabilidad como fundante de la política como quehacer y la condena de la vanidad como elemento de la acción política.

Weber inicia su reflexión preguntándose qué significa la política como profesión. Su objetivo es precisar qué valores se corresponden con la especificidad de la profesión política. Para Weber, no todos los quehaceres humanos, en tanto implican situaciones diferentes, pueden regirse por los mismos valores. Cada profesión requiere un tipo de actitud personal para desarrollarla de modo cabal. La ética se deduce de las exigencias del obrar.

La política se dirige al poder del Estado, que se caracteriza por poseer el monopolio de la violencia física legítima. Por lo tanto, implica una relación de dominación cuyo fundamento último es la violencia (legal).

Esta es la especificidad de la acción política, y de aquí hay que extraer las cualidades que un hombre debe observar para ocupar el lugar del político profesional.

El Estado moderno ha concentrado los medios materiales para ejercer la violencia en manos del jefe estatal, pues ha expropiado a los funcionarios profesionales (burócratas), los cuales no son dueños de los medios con los cuales ejercen su trabajo. Entonces, si la cualidad central del funcionario profesional debe ser la capacidad de ejecutar imparcialmente las órdenes tomadas por su superior como si fueran las suyas propias, la del jefe de Estado (político profesional) será la de asumir personalmente la responsabilidad por todo lo que hace. El burócrata sólo obedece, y por tanto delega la responsabilidad de la toma de decisiones en su superior. Por el contrario, el jefe de Estado toma decisiones, de las cuales debe necesariamente responsabilizarse, si no deja de cumplir con las exigencias de su puesto.

² Sánchez Pascual, Andrés: «Cronología y Bibliografía de Thomas Mann», en *Relato de mi vida, de Thomas Mann*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, pp. 175-176.

«¿Qué clase de hombre hay que ser para tener derecho a poner la mano en la rueda de la historia?», interroga Weber. Tres son las cualidades básicas que debe observar el político profesional: pasión (por la causa que lo impulsa), distancia y mesura (respecto de la fuerza de las circunstancias) y responsabilidad (respecto de las consecuencias de las decisiones que adopta). El sentido de responsabilidad es la exigencia específica de la política como profesión, en tanto ésta supone el poder sobre un aparato —el estatal— que concentra la violencia legítima.

La política no es la realización de la pureza y de los sueños ideales de sus ejecutores. No puede serlo, en la medida en que aun las mejores causas se logran gracias a ese fundamento último del poder que es la violencia. La política es un pacto con las fuerzas diabólicas e irremediabilmente ensombrece para siempre la pureza del alma. Pero no sólo es un problema de medios, porque aun cuando logre los fines deseados, el político debe contar, la mayoría de las veces, con que esa acción acarreará consecuencias laterales indeseadas. Y esto en el mejor de los casos, pues ocurre a menudo que la acción tomada en dirección a un objetivo, termina ocasionando el hecho puntualmente opuesto al buscado.

Es por esto que la política no puede estar presidida por una ética absoluta, la de las convicciones. Quién sólo atiende a ésta última, no se hace cargo de las consecuencias de sus actos: al importarle sólo que sus principios queden a salvo, secundariza el hecho de que los resultados de su proceder puedan negar al fin el propósito inicial. El que se guía por la ética unilateral de los principios supone que del bien no puede sino derivarse más bien, y del mal sólo más mal. Borra así las contradicciones medios-fines, decisión-consecuencia, y se sitúa imaginariamente en el mundo dual, pulcro, maniqueo, de la luz y las tinieblas. Pero el reino de la política, dice Weber, es *de este mundo*.

Mann arribará a estas conclusiones no sin dar rodeos (su ensayo desde luego es una gran vía indirecta), de forma menos transparente. Como hemos visto, pasará de estigmatizar la política como tal de irresponsable, por pretender cambiar el mundo y a los hombres, a tachar de irresponsable la postura de su interlocutor polémico (su hermano Heinrich), y con él la de la política jacobina. ¿En qué reside esa irresponsabilidad? Precisamente, en creer que el hacer político supone la realización plena, límpida y armoniosa de los principios absolutos que lo guían. *Como si hacer política fuera hacer arte*. Esto es, sin tomar en cuenta la especificidad del *ethos* político, diferente del *ethos* artístico. En esa superposición de ambas éticas se funda, para Thomas Mann, la confusión de pretender un «arte politizado», un «intelectual comprometido».

«De lo que carece generosamente el esteticismo político, el político de la *bellezza*, de las *belles lettres*, probablemente sea del sentimiento de responsabilidad, la conciencia. (...) Al fin de cuentas, santo cielo, es un artista, y ¿de qué valen las opiniones en el reino del arte? En el fondo, él *sabe* que de nada valen. ¿Quién sabría juzgar a un gran artista por sus opiniones, o una obra de arte, incluso elocuente, según sus posibles *consecuencias*?» (*Consideraciones...*, p. 557). El arte politizado, para Mann, es una coartada ética —además de estética—, en tanto hace política desde y con los parámetros éticos del arte, los que admiten una cierta irresponsabilidad del sujeto respecto de las consecuencias de la obra en tanto que acto.

Este es el encuentro entre Weber y Mann: considerar la especificidad de la ética política, sin traducirla de ninguna otra profesión/situación, y caracterizar ese *ethos* particular regido por el sentido de responsabilidad. Pero ambos pensadores no se valen del énfasis en el sentido de responsabilidad a la hora de hacer política para suprimir el valor de la ética de las convicciones. La ética de la responsabilidad no releva a la ética de los principios. Por el contrario, y estamos ya en el segundo punto de convergencia, el hacer político quedará configurado como una tensión entre principios y responsabilidad.

En Weber la responsabilidad tiene un claro referente: es responsabilidad respecto de *la causa* que mueve al político a la acción. Por eso reflexionará acerca de lo difícil que es combinar esas tres cualidades que ha colocado como básicas para el político: pasión, medida y responsabilidad. En efecto, ¿cómo combinar pasión y medida o pasión y responsabilidad? Dirá Weber, sin eludir que hay tensiones internas no solubles entre estos elementos, que la responsabilidad respecto de la causa debe orientar la acción, y que es allí donde la medida entra en escena, en la medida en que es esa capacidad para dejar que la realidad actúe sin perder la tranquilidad. En definitiva, el sentido de responsabilidad cumple la función de salvar los principios en la medida en que esto sea posible, en tanto y en cuanto las constricciones de la realidad lo permitan. Ética de los principios y ética de la responsabilidad convergen así en la política como profesión.

Bajo el trazo de Mann, convicciones y responsabilidad aparecerán nombradas, respectivamente, como espíritu y vida. Y la ironía, noción con la que Mann cruza de una época a otra de su evolución intelectual, será esa actitud que brota del centro de la tensión vida-espíritu. Ironía destila un dejo del pesimismo clásico de Mann, pues supone distancia respecto de lo que se persigue, en la medida en que se sabe que es inalcanzable en estado de pureza, pero también libera un matiz de renunciamiento/fatalismo, en tanto se está dispuesto a afrontar la derrota que infringe el comprobar la imperfección del objeto soñado. Ironía, entonces, evoca una postura de